

Prólogo. Iparraguirre. En el centenario de su muerte

Es en una oscura tarde de finales de diciembre cuando escribo estas líneas. Pronto, dentro de unos días, traspasaremos el umbral de otro año, llamado a cerrar el marco centenario de la muerte de José María de Iparraguirre.

José María de Iparraguirre Balerdi nació en Urretxu el 12 de agosto de 1820, y terminaba sus días en el caserío «Zozobarro» de Itsaso, el 6 de abril de 1881. No se hallan, pues, muy separados los puntos de inicio y remate de la accidentada andadura de Iparraguirre.

Un caminar sin apenas descanso, empujado y movido, en gran parte al menos, por los vientos de la incomprensión que desde distintas direcciones azotan continuamente a nuestro castigado País Vasco.

Iparraguirre acudió a la escuela de Cerain, amplió los estudios en Vitoria y frecuentó, aunque por poco tiempo, las aulas del madrileño colegio de san Isidro, donde le sorprendió la primera guerra carlista. Enfrentamiento bélico en el cual, superadas varias peripecias, habría de figurar en las filas del Pretendiente, *sin más opinión que el amor a mis paisanos*, según leo en el *Cancionero Vasco* de José Manterola.

Concluida oficialmente la guerra, Iparraguirre demostró que su vida se movía a impulsos del amor sentido fuertemente hacia su tierra. Nos descubrió de manera bien paladina no ser hombre que se avenía al abrazo de conveniencia ni a lo que consideraba calculada y fría componenda. Mantuvo la rebeldía y cogió el camino del exilio. Viajero incansable, acompañado de su incansable guitarra, *Guitarra zarcho bat det*, se convirtió en el Bardo vasco por antonomasia, se convirtió en heraldo de su Pueblo, obligado, en hartas ocasiones, a vivir lejos de su tierra. *Gazte gaztetandikan erritik kanpora...* Su carácter *revela la belleza de su alma indómita*, señalaba Antonio Peña y Goñi en jornada memorable en Urretxu. Le llamaban loco; pero su locura no era de la cabeza, sino del corazón. Una locura por suerte incurable, dice Isidoro de Fagoaga.

En 1853 cantaba el *Guernikako Arbola* en un café madrileño, y en la autoría y en el canto de este himno vasco tuvo Iparraguirre la mejor carta de presentación para llamar a las puertas de la cárcel.

Zibillak esan naute
biziro egoki
Tolosan biar dala
gauza erabaki;
giltza pian sartu naute
poliki poliki,
negar eguingo luke
nere amak baleki.

José María de Iparraguirre es el canto de la libertad en un escenario que no conoce fronteras. El Vate de Urretxu es la personificación del espíritu del País. La memoria de Iparraguirre, símbolo de acusado contenido universalista, se conserva en lozana vitalidad. Sus sentimientos se hallan vigentes y sus inquietudes son de hoy y no perderán validez en el futuro, puesto que se confunden con el mismo ser de Euskalerría.

Estas mis palabras acerca del Bardo de Urretxu se hallan escritas en función del libro *Iparraguirre bere heriotzaren mendeurrenean*, de Angel Cruz de Jaka.

Hace bastantes años que conozco a Angel Cruz de Jaka Legorburu, llevado de la mano de su bien hacer por la cultura. No se me olvidan algunas reuniones de la *Academia Errante*, de la que el historiador de Zumárraga era el impulsor principal, con su constancia y tenacidad puestas bien a prueba.

Jaka Legorburu es un investigador serio y meticuloso, que simultanea el trabajo de campo con la consulta directa del correspondiente legajo de archivo. Es autor de varias publicaciones, de las cuales citaré *Sinfonía en Zumárraga* e *Historia de los Ipenarrieta y de sus casas-palacio* (esta última, en colaboración con Manuel Urcola).

El interés de Jaka Legorburu por su ilustre casi paisano Iparraguirre no es de hoy. Recuerdo muy bien cómo un domingo por la mañana –allá por los comienzos de la década de los años sesenta– me llevó a los caseríos «Zozobarro» y «Txapartegi», este último en la villa de Gabiria. En «Txapartegi» tuvo la última residencia el Vate de Urretxu, y si no me equivoco mucho, para alcanzar su puerta tuvimos que pasar por un pequeño puente sobre las aguas de un riachuelo.

En los dos caseríos mentados –que hoy hacen historia– pude escuchar referencias sobre Iparraguirre, para mí interesantes y novedosas. En aquella ocasión me di cuenta de lo mucho que Jaka Legorburu conocía de la vida del esclarecido cantor urretxuarra, con quien el autor de *Iparraguirre bere heriotzaren mendeurrenean* vive espiritualmente identificado.

Acerca de Iparragirre se ha escrito mucho, y no hay duda que esto tiene su cara y su envés a la hora de emprender la misma empresa. Junto al lado cómodo que esto conlleva, suficiente quizás para quien se limite a seguir el camino más o menos fácil y frecuentado, la dificultad se acrecienta para todo aquel que pretenda concluir su empeño en una obra meritoria, como es el caso de *Iparragirre bere heriotzaren mendeurrenean*.

Jaka Legorburu asocia los primeros recuerdos de su niñez con la conmemoración del centenario del nacimiento de Iparragirre, y de los hombres encargados de organizar los actos a celebrar en aquella señalada efemérides nos dice: *Denak ezagutu nituen eta nortasun handiko gizonak ziren...*

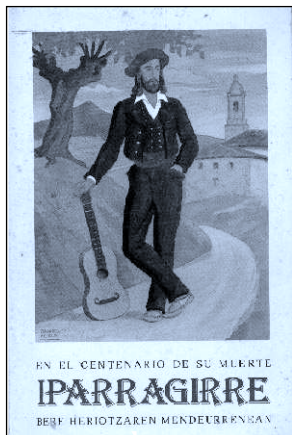
El autor de *Iparragirre bere heriotzaren mendeurrenean* describe la vida errante del joven biografiado. Mas el tiempo pasa y los acontecimientos se suceden. A Iparragirre le tenemos en tierras americanas. El País Vasco sufre, una vez más, las consecuencias de la guerra, y Jaka Legorburu resalta que hay padres que hablan a sus hijos de aquel Vate que con su himno supo enardecer a las masas cuando ellos se encontraban en igual situación años atrás.

La muerte de Iparragirre, acaecida en el País Vasco, resulta sugerente y emotiva para el autor del libro. El féretro fue labrado por el carpintero *Cándido txiki*, de Zumárraga. Cuatro hombres empujaban al humilde carro fúnebre que dejaba atrás las viejas paredes del ya histórico solar de «Zozobarro», y uno de ellos, José Javier Legorburu, era el abuelo de Jaka Legorburu, aunque el dato no figure en el libro.

En detalle entrañable que estoy seguro satisfaría al autor del *Guernikako Arbola*, el postrero adiós al cortejo que lento avanzaba camino al templo parroquial de Urretxu estuvo a cargo de las niñas y los niños de los caseríos vecinos.

Iparragirre bere heriotzaren mendeurrenean es una densa y apretada sucesión de noticias acerca del Bardo de Urretxu. Es un libro rico en nuevas que Jaka Legorburu las vive hondamente y nos las facilita envueltas en el calor humano que proyecta la figura de José María de Iparragirre.

La lectura de este libro nos lleva a sentirnos cerca del biografiado, y este es el mejor acierto que puede tener el autor de un trabajo como el de *Iparragirre bere heriotzaren mendeurrenean*.



Hitzaurrea = Prólogo / Juan Garmendia Larrañaga. -
En: *Iparraguirre. En el centenario de su muerte =
Iparragirre. Bere heriotzaren mendeurrenean* / Angel
Cruz de Jaka Legorburu. - San Sebastián : Sociedad
Guipuzcoana de ediciones y Publicaciones, 1982. -
513 p. : il. ; 27 cm. (Colección Hombres del País). - P
11-17. - ISBN: 84-7173-076-6